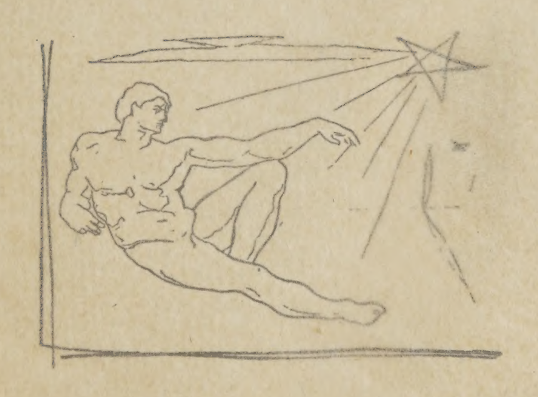
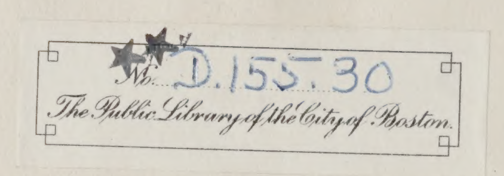
DÁMASO ALONSO

HOMBRE Y DIOS



EL ARROYO DE LOS ÁNGELES

MÁLAGA, 1955

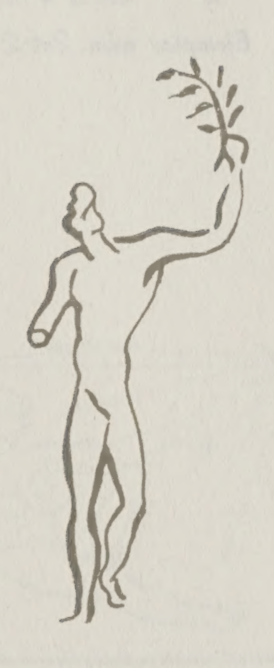


To the Boston Public Library

Dámaso Alonso

(See pages 69-73)

HOMBRE Y DIOS



EL ARROYO DE LOS ÁNGELES

8

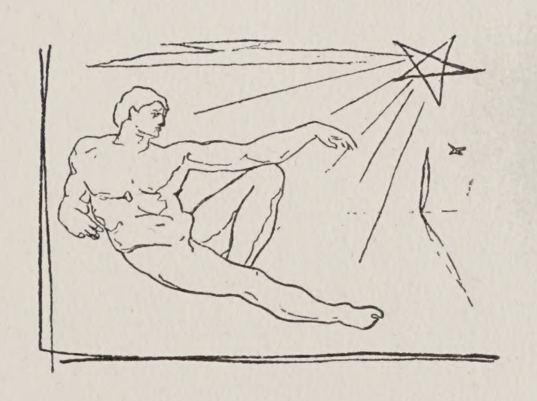
JUSTIFICACIÓN DE LA TIRADA

Esta edición consta de 750 ejemplares impresos en papel Ingres, con caracteres Ibarra y Bodoni, numerados del 1 al 750, de los cuales 150 se destinan a los suscritores de esta colección, 125 al autor y 475 venales.

Ejemplar núm. 242

DÁMASO ALONSO

HOMBRE Y DIOS



EL ARROYO DE LOS ÁNGELES

MÁLAGA, 1955

Dámaso Alonso
Aug. 2, 1955

VIÑETAS DE MANUEL OROZCO

A Pedro Salinas,
vivo entre nosotros.

PRÓLOGO:

MI TIERNA MIOPÍA

MI TIERNA MIOPÍA

DISUÉLVEME, mi tierna miopía,
con tu neblina suave, de este mundo
la dura traza, y lábrame un segundo
mundo de deshilada fantasía,

tierno más, y más dulce; y todavía
adénsame la noche en que me hundo,
en vuelo hacia el tercer mundo profundo:
exacta luz y clara poesía.

Dios a mí (como a niño que a horcajadas
alza un padre, lo aúpa sólo al pecho
antes, porque el gran ímpetu no tema)

me veló la estructura de estas nadas,
para —a través de lo real, deshecho—
auparme a su verdad, a su poema.

PRIMER COMENTARIO

PEQUEÑOS PLACERES

Mi tierna miopía, mi dulce miopía
me desdibuja el mundo: ¡delicioso!
Pasan lánguidamente las flexibles muchachas,
pasan perritos diminutos, que menean el rabo,
y espléndidas lechugas.
Todo se deshilacha, todo se difumina
en fina niebla.
¿El mundo se dispone para fiestas de Dios?
Ojos míos, bebed esta vaga hermosura.

OH fuerte Dios,
cómo suavizas tu film-creación (¡tan duro!) para mí.
Con sentido
de secreta elegancia
(¡y de piedad!) hiciste que mis ojos
me rebajen las líneas, inexpresivas, ásperas,
de la realidad (que puede ser tan hosca).
Veo manchas de rosas, sombras de árboles, mujeres
    que parecen
bellas (y tal vez me sonríen).
Oh mundo de algodón, mundo poético,
que mis ojos matizan.

¡Gran Dios, gran Hacedor,
que tu perfecta creación retocas,
en único ejemplar,
para un pobre poeta
perdido
en último rincón de tu gran Cosmos!

1.ª PALINODIA: LA INTELIGENCIA

BIEN. Muchas gracias.
Sí. Bien. Gracias.
Pero, ahora, oh gran Dios,
¿qué me vas a decir si yo te pido
—atrevimiento humano—
que deshagas tu obra?
No me alejes lo duro
del mundo que has creado:
ojos de águila pido,
ojos-garras, de presa.

Yo quiero
los límites estrictos de las cosas,

porque tú las hiciste así, duras, cortadas,
limitadas por líneas testarudas, que gritan «¡Soy!»
«¡Yo soy!»,
líneas que se entrelazan, se dividen,
corren, se duermen, zigzaguean,
o en amplios giros, lentas, se derraman;
y ni un esguince, ni una
leve variación se escapó a tu mandato,
oh matemático dibujante de la tracería del mundo,
tú que todos los límites contienes
en intuición sin límite,
donde tiempo y espacio duermen su sueño agudo,
hasta la última línea que divide
lo creado y la nada.

Mi inteligencia insomne
anhela parecérsete:
dame la maravilla,
la dura precisión
del mundo que has creado.

2.ª PALINODIA: LA SANGRE

...quaerebam aestuans unde sit malum.

(CONFESIONES VII, 7, 11)

HE viajado por la mitad del mundo.
Desde el avión miraba, insaciable, el mar, la tierra.

Sólo veía sangre derramada.

Y yo me preguntaba, ¿cómo?, ¿por qué?,
y quería descender, palpar aquella manta roja,
convencerme de que (quizá) no era sangre
(tal vez un meteoro
desconocido).

Pero, no, que era sangre, sangre, sangre.
Yo gritaba aterrado,
yo quería parar el frío pájaro de níquel gris sin alma,
y me retorcía, impotente,
colgado allá en la altura,
entre compañeros de viaje que leían su «Life»
y pilotos albinos que no me comprendían.

Hay que bajar, hay que bajar: peligro.
Inmensos Amazonas vierten sangre en los mares.
Grandes ríos satélites hinchen de roja espuma hirvientes Amazonas.
Sutiles riachuelos escarlata avanzan sigilosos (como termómetros febriles) sobre los torvos ríos.
Violáceas torrenteras humeantes rugen y se descuelgan buscando riachuelos donde aplacar su ira.
Sangre, sangre,
inmensa red de sangre riega el mundo.
¿Dónde sus fuentes? Quiero ver las fuentes.

Señores, paren, paren: hay que bajar.

Hay que bajar, ahora mismo.
Porque hay sangre por todo el mundo,
y yo necesito saber quién vierte la sangre,
y por qué se vierte y en nombre de qué se vierte.

Dame, oh gran Dios, los ojos de tu justicia.
Porque en el mundo reina la injusticia.
Tú no creaste la injusticia. Alguien ha creado la injusticia.
Alguien es el injusto, y yo necesito verle la cara al injusto.
Porque hay mentira y quiero ver sus fuentes ocres.
Ojos míos, alerta, alerta:
yo quiero ver qué brazos ahogan la justicia de Dios, qué bocas retuercen su verdad.

3.ª PALINODIA: DETRÁS DE LO GRIS

AH, yo quiero vivir
dentro del orden general
de tu mundo.
Necesito vivir entre los hombres.
Veo un árbol: sus brazos ya en angustia
o ya en delicia lánguida,
proclaman su verdad:
su alma de árbol se expresa,
irreductiblemente única.
Pero el hombre que pasa junto a mí,
el hombre moderno

con sus radios, con sus quinielas, con sus películas
sonoras,
con sus automóviles de suntuosa hojalata,
o con sus tristes vitaminas,
mudo tras su etiqueta que dice «comunismo» o
«democracia» dice,
con apagados ojos y un alma de ceniza
¿qué es?, ¿quién es?

¿Es una mancha gris, un monstruo gris?

Monstruo gris, gris profundo,
profundamente oculta sus amores, sus odios,
gris en su casa,
gris en su juego,
en su trabajo, gris,
hombre gris, de gris alma.
Yo quiero, necesito,
mirarle allá a la hondura de los ojos, conocerle,
arrancarle su careta de cemento,
buscarle por detrás de sus tristes rutinas,

por debajo de sus fórmulas de lorito real (¡Pase
usted! ¡Tanto gusto!),
aventarle sus tumbas de ceniza,
huracanarle su cloroformo diario.

Un día llegará en que lo gris se rompa,
y tus bandos resuenen arcangélicos,
oh gran Dios.

Dime, Dios mío, que tu amor refulge
detrás de la ceniza.
Dame ojos que penetren tras lo gris
la verdad de las almas,
la hermosa desnudez de tu imagen:
el hombre.



HOMBRE Y DIOS

HOMBRE Y DIOS

HOMBRE es amor. Hombre es un haz, un centro
donde se anuda el mundo. Si Hombre falla,
otra vez el vacío y la batalla
del primer caos y el Dios que grita «¡Entro!»

Hombre es amor, y Dios habita dentro
de ese pecho y, profundo, en él se acalla;
con esos ojos fisga, tras la valla,
su creación, atónitos de encuentro.

Amor-Hombre, total rijo sistema
yo (mi Universo). ¡Oh Dios, no me aniquiles
tú, flor inmensa que en mi insomnio creces!

Yo soy tu centro para ti, tu tema
de hondo rumiar, tu estancia y tus pensiles.
Si me deshago, tú desapareces.

SEGUNDO COMENTARIO

1

CREACIÓN tiene un polo: hombre se llama.
Allí donde hay un hombre se anuda el Universo.
Oh tiranía, oh fuerza del hombre aun a Dios mismo.
En mi cerebro bulle, enorme, misteriosa,
(última idea, en último rincón, de última causa)
esta palabra: «Dios».
Todo, todo, sí, aun Dios, el Dios inmenso,
va a centrarse en mi mente.

2

SAGRARIO de mi mente, con la idea de Dios,
rodeada de un silencio
que ni aun ángeles turban,
ni siquiera una tenue oscilación de llama
votiva.
Oh mi idea
de Dios, inmensa soledad,
a solas con mi Dios, allá en las galerías,
en los oscuros arcos
del cerebro.

3

TIRANA mente mía,
mente creada,
único continente capaz de lo increado,
templo de Dios.

Tal si yo encierro,
a través de una lente,
en pequeñita caja,
todo el fuego del astro de la vida,
allí se reconcentra, diminuto,

tanto que la materia
arde.
Sí, mi intuición de Dios
es muy pequeña,
mas
cuando yo pienso «Dios»,
allí, en pequeño foco,
representado está mi Dios inmenso,
y me escuece,
y me abrasa.
La carne se me abrasa,
y el alma casi vuela, como un humo
azul hacia el azul.

4

OH tiranía.
Oh centro de mi mente.
Oh prisionera imagen de mi Dios.
Aniquiladme, borrad mi inteligencia:
donde «Dios» refulgía sólo habrá un gran vacío.
Para su plenitud Dios necesita al hombre.
En su divina mente le concibió por eso,
para eso.
Así la luz camina velocísima
buscando dónde reflejarse,
así el inacabable lago gris
añora una ribera.

5

DIOS es inmenso lago sin orilla,
salvo en un punto tierno,
minúsculo, asustado,
donde se ha complacido limitándose:
yo.

Yo, límite de Dios, voluntad libre
por su divina voluntad.
Yo, ribera de Dios, junto a sus olas grandes.

6

NO, Dios mío, tú, todo: la ola y la ribera.
Yo, sólo, el junco verde que los vientos agitan
en tus orillas grises.
Yo, afirmación delgada
—ah, pero concretísima—, terca en su verde: verde
sobre el gris infinito.
Yo, el Hombre: yo, tu Hombre,
oh tú, mi Dios, mi Dios.

TERCER COMENTARIO

(Recuerdos del colegio, 1909)

YO soy tu junco. Yo quise ser tu báculo.
Cuántas veces de niño vi las representaciones
groseras
de tu forma sin forma.
Ay, yo guardaba
en mi devocionario una estampita
que era tu imagen.
En ella artista anónimo
(los hombres buscan para ti lo más noble)
te imaginó: un anciano, barbas blancas,

un rostro de bondad,
cuarteado de arrugas,
y un cansancio en los ojos,
un cansancio infinito: qué bellos ojos tristes.

En el ambiente mágico, multicolor, de la capilla
esbelta
—oh Virgen del Recuerdo—
cuántas veces miré
aquel rostro cansado y sentí pena.
Sin duda era fatiga
por la maldad del mundo, por mi propia maldad
de niño malo,
cansancio del esfuerzo
de emanar la verdad, la belleza y el bien
sobre la indiferencia
del hombre;
cansancio del inútil esfuerzo creador, propagante,
del monótono esfuerzo engendrador de mundos,
en creación sin límite,
incesantemente, invariablemente prolongada.

Aburrido,
en aquellos lentísimos minutos matinales
(con el café, la mantequilla, el pan crujiente,
aún puerto inasequible, en lejanía
de opuesta orilla atlántica),
en aquellos minutos goteantes,
aún entredormido
con el recuerdo acurrucado de la cama (¡tan tibia!),
en el frío bostezo de la capilla iluminada,
yo palpaba la estampa de tu imagen,
y a veces racheadas ráfagas de piedad
me rasgaban la bruma del hambre y la nostalgia.

Y aéreos corredores se abrían: yo avanzaba,
impertérrito héroe,
sobre ¿un trillo estival?, erecto,
triturando una inmensa parva de heterodoxos,
réprobos, francmasones, con Juliano el Apóstata,
    con Voltaire, con Lutero
(y con don Alejandro
Lerroux),

todos causantes de aquel cansancio entristecido
de la divina faz.

Era el primer estadio: un estadio imperfecto.
Después se ennoblecía mi visión, se adulzaba.
Todos los heresiarcas se ponían en pie, juntas las manos,
y con cintas azules y blancas de congregantes, iban
a recibir, humildes, el bautismo, y la sagrada comunión.
Detrás, una borrosa caterva (todos, indios, más algún negro) silenciosa avanzaba,
con plumas de colores, como en un cuadro, aquellos (La Conquista
de México, con equis) de nácar incrustados
(los domingos, mirando un panorama
de familias burguesas y bombones:
la sala de visitas).

Y yo con una mano —revestido de estola—
administraba miles y miles de bautismos,

sobre cada occipucio una esponjita rubia sutilmente
exprimiendo
(con agua recogida, del rocío, en las hojas: tal, a ve-
ces, misioneros con barbas, en remotos países),
y con la otra mano a cada catecúmeno daba
comunión (¿o ceniza?) diciendo «Pulvis eris».
Y la fila infinita ondeaba al pasar como devota oruga
frente a mí, cada anillo
arrodillándose,
levantándose,
todos con expresión piadosa,
casi bovina.

«Da mihi animas».
Yo te daría almas, y aun dejaría
lo demás,
yo, obrero de tu colmena,
adalid de tu causa,
defensor de tu derecho pisoteado,
oh viejísimo Dios,
oh rostro venerable y triste,
lleno de arrugas.

CUARTO COMENTARIO

Con esos ojos fisga, tras la valla,
su Creación, atónitos de encuentro.
D. A.

AH, gracias por mis ojos inventores.
¿Qué es la luz sin un ojo que la mire?
Sordamente se irradia, vibración sutilísima,
por mares de negrura: un mundo ciego.

Mis ojos inventores crean la luz.
Colaboran a cada millonésima parte de segundo
en el plan providente de la gran Creación:
prolongan creación, inventan luz.

Soy colaborador, soy delegado
de mi Dios, a través de mis ojos.
Y más, afirmo aún más
(y me aterra al decirlo un terror dulce).

Nadie duda
que la vista divina (la divina intuición)
es algo que la humana vista nunca ha podido
ni entrever:
nosotros vemos la Creación como hombres;
Dios sólo como Dios.
Mas lo abismal es esto: *que no puede*
dejar de verla
como Dios.

Sí, me eriza de espanto pensar que ni a Dios mismo
le es dado deponer —ni un instante—
la acuidad sin riberas de su vista,
tan lejos de la humana;

que para ver, humanamente,
su Creación,

necesita mirarla
a través de mis ojos,
a través de los ojos
del Hombre.

Ah, misterio, mi Dios mirando alborozado
en mis hondas retinas
—en el cine en penumbra de mi globo ocular.
¡Allí mi Dios, hecho niño de nuevo,
ensimismado, absorto
en la belleza humana
del mundo que él creó!

EMBRIAGUEZ

ME embriago de aromas. Qué delicia,
campo recién llovido castellano.
Qué embriaguez, tocar, tocar...: mi mano
febrilmente las cosas acaricia.

No se sacia la vista que se envicia
en color, embriagada, oh mi verano.
Embriaguez de oír: ruiseñor, piano,
mar, selva, viento, multitud, noticia.

Me embriago de mujer, dulce marea
como un vino, y de vino me embriago.
¡Vivir, vivir, oh dulce embriaguez mía!

¡Qué has de entenderme, turba farisea!
La ebriedad de mi sangre busca un lago
final: embriagarme en Dios un día.

CUATRO SONETOS SOBRE LA LIBERTAD HUMANA

I. CREACIÓN DELEGADA

QUÉ maravilla, libertad. Soy dueño
de mi albedrío. Me forjo (y forjo), obrando.
Yo me esculpo, hombre libre. Paro, ando,
hablo, callo, me río, pongo ceño,

yo, Dámaso, cual Dámaso. Pequeño
agente, yo, del Dios enorme, cuando
pienso, obro, río, Creación creando,
le prolongo a mi Dios su fértil sueño.

Dios me sopla en la piel la vaharada
creadora. Padre, madre, sonriente,
se mira (¡Vamos! ¡Ea!) en mis pinitos.

Niño de Dios, Creación plasmo de nada,
yo, punto libre, voluntad crujiente,
entre atónitos orbes infinitos.

II. INCONTRASTABLE, DIVINA

QUÉ hermosa eres, libertad. No hay nada
que te contraste. ¿Qué? Dadme tormento.
Más brilla y en más puro firmamento
libertad en tormento acrisolada.

¿Que no grite? ¿Mordaza hay preparada?
Venid: amordazad mi pensamiento.
Grito no es vibración de ondas al viento:
grito es conciencia de hombre sublevada.

Qué hermosa eres, libertad. Dios mismo
te vió lucir, ante el primer abismo,
sobre su pecho, solitaria estrella.

Una chispita del volcán ardiente
tomó en su mano. Y te prendió en mi frente,
libre llama de Dios, libertad bella.

QUINTO COMENTARIO

Mi Dios limita con mi voluntad:
porque él me hizo libre.

Porque me ha hecho su colaborador:
su administrador delegado.

Me ha dado las llaves de sus graneros de potencia:
el mando de mis facultades operarias.

Yo administro creación, yo prolongo creación:
porque libertad es creación.

Dios, mi Dios, me mira ahora complacido:
poema, criatura nueva, ser único, unicidad yo
creando.

Porque creando uso de la libertad que me dió:
en cada acto de mi libertad estoy creando.

Creando, estoy creando, segundo a segundo:
cada acción de mi vida, flor nueva.

Cada acto de mi voluntad, color inventado, forma
que no había,
aroma, donde no aroma.

Sobre papel yo grabo criatura novísima:
Dios complacido la mira surgir de la nada.

Nunca, nunca se alumbró su sonrisa como ahora
que grabo
sobre papel criatura de mi pensamiento, tan tenue,

poema, máxima creación posible a mortal,
máxima creación sin materia, espíritu sin pies y
sin manos.

Como padre, por encima de mi hombro, Dios mira
complacido,
como padre a quien hijo párvulo la letra le imita,

porque nunca su mano imité, su mano creante,
como ahora en los versos tan tenues, con soplo de
espíritu.

Porque, libre, uso mi libertad espíritu creando,
creando más, más libertad, poema creando.

Y porque la uso para alabarle.
Bendito sea.

CUATRO SONETOS SOBRE LA LIBERTAD HUMANA

III. ARREPENTIMIENTO

¿QUÉ has hecho tú? ¡Dámaso, bruto, bruto!
Del mundo, libertad centro te hacía.
Tiempo de Dios, en libertad crecía.
La flor, en rama, libre se iba a fruto.

¿Qué hiciste, adolescente chivo hirsuto,
luego chacal, pantera de tu hombría,
hoy mico viejo ya, tú, inarmonía
del orbe en Dios, Dámaso bruto, bruto?

¡Alas de libertad! Aire sereno
el orden era en torno. Y yo gritaba:
«¡Libre Dámaso-Dios!»
                                        Dámaso impío:

aire de Dios rasgó mi desenfreno,
que osé la libertad que Dios me daba,
látigo contra Dios alzar, ¡Dios mío!

IV. VIDA-LIBERTAD

LIBERTAD, ¿qué eres tú? ¿Gozo? ¿Alborozo?
¿Primavera? ¿Pero es la primavera
un nadar de oros ágiles? ¿Ribera
tiene el gozo? No, entonces no es el gozo.

Alondras por el alma, sobre un trozo
de azul, volando, ¿es libertad? ¿O era,
en mi ensueño, la nieve, así, cimera,
o, en mi savia, el abril de un mundo mozo?

Ay, yo no sé lo que eres, mi albedrío...
¿Alegría de Dios, que a mí refluyes?
¿Aroma del vivir, que me embriagas?

Sólo sé, libertad, que allá en lo umbrío
siento el pulso de Dios; y por mí fluyes,
libre anhelar que en tiempo te propagas.

SOLEDAD EN DIOS

YO eﬅoy a solas con mi Dios, ¡qué espanto,
cámaras de mi mente! Compañía
ni de hombres ni de arcángeles cabría
en tumba-soledad que oprime tanto.

Él me cruje en el hueso. El amaranto
de mi sangre él desboca. Gritería
me punza en nervio vivo. Pena mía,
a él me saben las sales de mi llanto.

En soledad de Dios: ni amor, ni amigo,
padre ni madre. Acero soy; él polo.
Clavado en él, sin tiempo ya, sin nombre.

Furia y espanto, en soledad, conmigo,
mi duro Dios, mi fuerte Dios, mi solo
Dios, tú, la inmensa soledad del hombre.

EPÍLOGO:

HOMBRE SOLO

ESE MUERTO

VIVIRÍA en la náusea, el estertor, el crimen;
en cavernas sin sonda, taponadas de fango,
o en atarjeas fétidas, entre ratas blanduzcas:
furtivos, hoscos dioses.

Aunque fuera sin dueño, sin amor, sin amigo,
sin un perro, una casa, una luz, una silla;
solo, tras los desiertos; o, en la jungla del tigre,
inerme, tierno, solo.

Viviría lombriz, sí, viviría hormiga,
instintiva potranca, absorto buho inmóvil,
o molusco sin ojos donde en roca mar bate
(o torpísima ameba).

En planetas de amonio, viviría, entre un vaho
soturno, en el que opacas lunas filtran luz ocre;
o arrastrado en postreras nebulosas en fuga,
entre hostiles portentos.

Ay, si le dierais vida (con miseria o con gozo;
en donde «libertad» susurren brisas nuevas
o donde hiere el látigo rostros, espaldas corva),
ay, si le dierais vida,

viviría «la vida»: ese palpo, ese pálpito,
su pulpa siempre virgen, el zumo de su tiempo,
el pulso de las venas, que proclama «adelante»,
su renacer continuo.

¡Ah, gloriosa, gloriosa! ¡Ah, tierna, intermitente
onda suave, onda en furia, que nos lames o azotas!
Ese muerto, esa ausencia, ¡ah, si vivir pudiera
como yo que ahora canto, lloro, rujo, estoy vivo!

GOZO DEL TACTO

ESTOY vivo y toco.
Toco, toco, toco.
Y no, no estoy loco.

Hombre, toca, toca
lo que te provoca:
seno, pluma, roca,

pues mañana es cierto
que ya estarás muerto,
tieso, hinchado, yerto.

Toca, toca, toca,
¡qué alegría loca!
Toca. Toca. Toca.

A UN RÍO LE LLAMABAN CARLOS

(Charles River, Cambridge, Massachusetts)

YO me senté en la orilla:
quería preguntarte, preguntarme tu secreto;
convencerme de que los ríos resbalan hacia un anhelo y viven;
y que cada uno nace y muere distinto (lo mismo que a ti te llaman Carlos).
Quería preguntarte, mi alma quería preguntarte
por qué anhelas, hacia qué resbalas, para qué vives.
Dímelo, río,
y dime, di, por qué te llaman Carlos.

Ah, loco, yo, loco, quería saber qué eras, quién
eras
(género, especie)
y qué eran, qué significaban «fluir», «fluído»,
«fluente»;
qué instante era tu instante;
cuál de tus mil reflejos, tu reflejo absoluto;
yo quería indagar el último recinto de tu vida:
tu unicidad, esa alma de agua única,
por la que te conocen por Carlos.

Carlos es una tristeza, muy mansa y gris, que fluye
entre edificios nobles, a Minerva sagrados,
y entre hangares que anuncios y consignas coronan.
Y el río fluye y fluye, indiferente.
A veces, suburbana, verde, una sonrisilla
de hierba se distiende, pegada a la ribera.
Yo me he sentado allí, sobre la hierba quemada del
invierno, para pensar por qué los ríos
siempre anhelan futuro, como tú lento y gris.
Y para preguntarte por qué te llaman Carlos.

Y tú fluías, fluías, sin cesar, indiferente,
y no escuchabas a tu amante extático,
que te miraba preguntándote,
como miramos a nuestra primera enamorada para saber si le fluye un alma por los ojos,
y si en su sima el mundo será todo luz blanca,
o si acaso su sonreír es sólo eso: una boca amarga que besa.
Así te preguntaba: como le preguntamos a Dios en la sombra de los quince años,
entre fiebres oscuras y los días —qué verano— tan lentos.
Yo quería que me revelaras el secreto de la vida
y de tu vida, y por qué te llamaban Carlos.

Yo no sé por qué me he puesto tan triste, contemplando
el fluir de este río.
Un río es agua, lágrimas: mas no sé quién las llora.
El río Carlos es una tristeza gris, mas no sé quién la llora.

Pero sé que la tristeza es gris y fluye.
Porque sólo fluye en el mundo la tristeza.
Todo lo que fluye es lágrimas.
Todo lo que fluye es tristeza, y no sabemos de dónde viene la tristeza.
Como yo no sé quién te llora, río Carlos,
como yo no sé por qué eres una tristeza
ni por qué te llaman Carlos.

Era bien de mañana cuando yo me he sentado a contemplar el misterio fluyente de este río,
y he pasado muchas horas preguntándome, preguntándote.
Preguntando a este río, gris lo mismo que un dios;
preguntándome, como se le pregunta a un dios triste:
¿qué buscan los ríos?, ¿qué es un río?
Dime, dime qué eres, qué buscas,
río, y por qué te llaman Carlos.

Y ahora me fluye dentro una tristeza,

un río de tristeza gris,
con lentos puentes grises, como estructuras funerales grises.
Tengo frío en el alma y en los pies.
Y el sol se pone.
Ha debido pasar mucho tiempo.
Ha debido pasar el tiempo lento, lento, minutos, siglos, eras.
Ha debido pasar toda la pena del mundo, como un tiempo lentísimo.
Han debido pasar todas las lágrimas del mundo, como un río indiferente.
Ha debido pasar mucho tiempo, amigos míos, mucho tiempo
desde que yo me senté aquí en la orilla, a orillas
de esta tristeza, de este
río al que le llamaban Dámaso, digo, Carlos.

Dunster House, Febrero de 1954.

ÍNDICE

Esta primera edición de *HOMBRE Y DIOS* se acabó de imprimir en la imprenta Dardo (antes Sur) de Málaga, el día 13 de abril de 1955, bajo la dirección y cuidado de Bernabé Fernández-Canivell * Compusieron el maestro Antonio Gutiérrez y Miguel Morales * Patrocinaron la edición el Excmo. Sr. D. Luis Julve Ceperuelo y el Municipio de la Ciudad.

DEO GRATIAS

«EL ARROYO DE LOS ÁNGELES»

COLECCIÓN DE POESÍA

(1950-1955)

VOLÚMENES PUBLICADOS

I. – Alfonso Canales: SOBRE LAS HORAS.

II. – José María Souvirón: ADORADOS TORMENTOS.

III. – José Antonio Muñoz Rojas: LAS COSAS DEL CAMPO.

IV. – Vicente Aleixandre: POEMAS PARADISÍACOS.

V. – Emilio Prados: DORMIDO EN LA YERBA.

VI. – José Salas y Guirior: LOS OJOS DESEADOS.

VII. – Manuel Altolaguirre: POEMAS EN AMÉRICA.

VIII. – Dámaso Alonso: HOMBRE Y DIOS. SONETOS Y COMENTARIOS.

En preparación:

IX. – José Moreno Villa: VOZ EN VUELO A SU CUNA.


EL
DE